

LA FORMACIÓN DEL CRITERIO*

Héctor Lerma Jasso

*Formar el criterio es preparar al hombre
para hacer buen uso de su vida, para vivir bien;
lo cual quiere decir que es
prepararle para su propia felicidad.*

A. Maura.

RESUMEN

EL *CRITERIO* ES EL MARCO INTELECTUAL QUE DA SENTIDO A LA AVENTURA humana de explorar y conquistar el mundo. Es la norma para discernir entre lo verdadero y lo falso. Es la clave para decodificar la verdad impresa en la realidad. Visto así, el criterio coincide con el anhelado pensamiento crítico. El educando espera la ayuda necesaria para la formación de su *yo-ideal-crítico* al cual desea permanecer fiel. Un criterio bien formado se muestra como aspiración, intencionalidad, apertura y conciencia de realización. Así, la formación del criterio queda entendida como ejercitar a la persona en el uso responsable de su libertad.

ABSTRACT

Criterion is the intellectual frame that gives sense to the human adventure of exploring and conquering the world. It is the rule to distinguish truth from false. It is the key to decode the truth placed in reality. From this point of view, criterion coincides with the critical thought. The student expects the necessary help for the formation of his *ideal-critical-I* to whom he wants to remain loyal. A well formed criterion is showed as aspiration, intention, opening and carrying out conscience. Thus, the criterion formation is understood as exercising the individual in the responsible usage of his freedom.

NUESTRA AFICIÓN POR LAS VENTANAS

Por extraños mecanismos de asociación mental, desde que acepté abordar el tema del *criterio*, recordé cierto escrito cuyo autor confiesa su inveterada afición por esos espacios abiertos, delimitados, definidos, llamados *ventanas*. Y es fácil suponer que, en términos generales, toda personalidad sana comparte esa afición. Esto viene a cuento porque, a mi modo de ver, una ventana guarda cierta afinidad con el *criterio*, entendido como *forma única de ver el mundo; norma para discernir; capacidad de enjuiciar por sí mismo; marco intelectual que da sentido a la aventura humana de explorar y conquistar el mundo*.

Una *ventana* significa —también en términos generales— aire, luz, color. En su cotidianeidad, comunica perspectiva, claridad y placidez al sentido y a la mente. En su magia, proporciona al espíritu una discreta intimidad, libre apertura, firme arraigo. Es, puede ser, como un libro abierto a la vida, una lección de realidad: deslumbrante o sórdida. Podemos verla como un diorama de historia, o como un espectáculo estimulante que franquea la entrada a un sin-fín de posibilidades. Abrir una ventana es como descorrer el velo que oculta la verdad de las cosas.

Y ya desatada la asociación, podríamos decir que lo que llamamos *criterio propio* se asemeja a una ventana abierta desde la cual cada uno aprecia el mundo y toma posición personal ante la existencia. Desde esa visión, única, irrepetible en el espacio y en la historia, arranca nuestra puesta en marcha hacia las cosas (*contemplación*) y hacia los demás (*amistad*). Es mantener el contacto con la vida. Es aprender a no separar ni confundir: inteligencia e imaginación, voluntad y afectividad, libertad y espontaneidad, fines y medios. Mientras más clara sea esa visión, mejor nos alentará para aspirar a lo que está más allá, y por encima, de nuestra situación presente.

UN MUNDO SIN VENTANAS

Pero si nos dejáramos arrastrar acríticamente por nuestra afición a las ventanas, hasta el extremo de maximizarlas sin mesura, de modo

que en todas direcciones desaparecieran sus límites —que fueran un puro vano infinito—, terminaría por no haber paredes... pero ¡tampoco existirían ventanas! Otro tanto ocurriría si minimizáramos tanto la oquedad de la ventana hasta hacerla desaparecer. En este caso, sólo tendríamos una pared cerrada y nuevamente nos quedaríamos sin ventana. Nuestra realidad sería cerrada; un mundo sin ventanas.

Mutatis mutandi, demasiado estrecho o demasiado abierto, el *criterio* deja de ser la regla, la medida justa para distinguir entre dos o más alternativas, para discernir entre lo verdadero y lo falso. Porque el *criterio* es, en primera instancia, un acto judicativo del intelecto: un problema gnoseológico. Coincide con el anhelado *persamiento crítico* cuya función es estimular, regular e integrar nuestra vida intelectual, cuando ésta aspira a armonizar verdad y certeza, veracidad y sinceridad.

El *criterio personal* se puede caracterizar, entonces, como la norma, la clave, en parte natural y en parte adquirida, de la cual se vale el intelecto para abrir, desentrañar, leer e interpretar la verdad impresa en la realidad. Naturalmente, dada la unidad del psiquismo humano, el *criterio*—*autognosis* y *cosmognosis* que cada uno se forma— deviene en criterio de actuación, en conducta, adquiriendo así, derivadamente, su connotación ética.

El *criterio propio* se exterioriza en modales, indumentaria, palabra.; en el modo de estudiar o trabajar; de participar en una fiesta o en una reunión formal; en la manera de cumplir los propios deberes... Así, se explica que el *buen criterio* sea entendido como el conductor de la vida de quien aspira a conjuntar la honradez intelectual y la honradez moral, fundidas en una sola *unidad de vida*.

Un *criterio* así, sólo es posible si se admite: a) la existencia de una realidad transubjetiva; b) la capacidad humana de conocer la verdad impresa en esa realidad; c) la continuidad natural entre el conocimiento sensible y el conocimiento intelectual; d) la posibilidad de que ocurran aciertos y yerros en el acto cognoscitivo.

Evidentemente, no siempre es fácil realizar esa múltiple admi-

sión. Siempre ha habido quien se sienta como Adán y Eva antes de la caída, cuando aún no habían probado el fruto del árbol del bien y del mal y no se hallaban, por tanto, en la perplejidad de tener que discernir entre alternativas. Hay, también, quien se percibe como Atenea, que nació, según el mito griego, adulta, madura, sabia, inerrante, perfecta... y sin madre, de la cabeza de Zeus; o quien intenta esquivar el trabajo de discurrir responsable y comprometidamente, por la vía de la identificación total *hombre-mono*. En cualquiera de estos casos, es lógico que el criterio, como diálogo con la realidad y brújula personal en la búsqueda, adhesión y fidelidad a la verdad, salga sobrando. Los ejemplos abundan. Sin ir más lejos, un escritor de renombre mundial escribió recientemente en una popular revista: «Quien crea estar seguro de su verdad, es un imbécil!». A mi modo de ver, habría que preguntarle a ese escritor: ¿Está usted seguro?.. (¡Imagine el lector las posibles respuestas y sus consecuencias!).

EL CRITERIO, ¿PERDIDO EN SU ETIMOLOGÍA?

Criterio, pues, es un término perenne, fecundo, afin a nociones como *norma, canon, perspectiva; buen juicio, sensatez, cordura*, por ejemplo. Procede del griego *krités* (*juez, árbitro*); de donde se deriva *kritérion* (*norma, regla, medida, guía*). En cualquier caso significa: *medio y modo habitual de juzgar con rectitud*.

Según esto, el criterio es la regla para decidir lo que es verdadero o falso. (Este acto judicial, referido a la bondad o maldad de los actos humanos —lo que se debe hacer o evitar, lo que es o no conveniente—, es lo que llamamos conciencia moral). Como actitud habitual, el *criterio* es una forma de pensar, un estilo de vida, un rasgo destacado del carácter. Muy directamente relacionadas con el término *criterio* se hallan las palabras:

- *Discernir*; en su acepción de distinguir, separar y valorar.
- *Discreción* que contiene las ideas de distinguir, juzgar y respetar.
- *Crisis* que no es decadencia, sino: *mutación grave que sobreviene en una situación para mejoría o empeoramiento*, o bien: *momento decisi-*

vo de un asunto de importancia, emergencia de una situación inestable que exige una opción.

- *Crítica* que no es reprobación o condenación, sino *enjuiciamiento, selección, valoración y elección.*
- *Crítico* que se refiere al que *juzga*, a quien *decide.*
- *Cribar*, como *cernir, tamizar, filtrar*, siempre refiriéndose, metafóricamente, a la acción de *depurar* que se realiza con el arel, colador o cedazo.
- *Crisol*, como vaso refractario que, en el horno de fundición, sirve para decantar los metales, especialmente el oro y la plata. Así lo dice la Sagrada Biblia: *Al agitar el cernidor, aparecen las basuras...; en el horno se prueba la vasija del alfarero; la prueba del hombre está en su razonamiento.* (Sir. 27,5-8).

En suma: el *criterio*, interpretado en su etimología, constituye la norma positiva y crítica de la que se vale quien no se deja arrastrar por los tópicos ambientales dominantes, sino que mantiene la capacidad de pensar por cuenta propia, midiendo su conocimiento por la realidad, en una continua búsqueda de la verdad. Es la clave exacta para decodificar la realidad y, al mismo tiempo, la medida del hombre. No se trata, pues, de si la retícula del cedazo es demasiada abierta o cerrada, o si la llave es grande o pequeña —de si el criterio es estrecho o amplio— sino de si es personal, recto, razonable y justo.

No hablamos, entonces, de una curiosidad lingüística, ni de un sistema de valores impuesto por la educación, la tradición, el medio o la teleología del desarrollo natural para condicionar nuestra conducta. Tampoco se trata de un hábito mecánico proyectado en nosotros por el ambiente social, ni de un simple reflejo condicionado, ni de un mero mecanismo de introyección. No es, tampoco, un rasgo superior capaz de dar libre curso a la propia energía vital, como pretende cierto desesperado voluntarismo. El *criterio* —me refiero al *criterio bien formado*— es, más bien, la forma responsable de ejercer la libertad, en cuanto que amplía el espectro de alternativas de

pensamiento, acción y motivación. Realiza así la condición para la deliberación, la elección y el ejercicio de la libertad. Es el intento de ver el mundo tal cual es; de examinar distintos sistemas de valores; de captar el irregular ritmo de la vida; de una toma de conciencia que clarifica, estimula y sugiere la respuesta personal que la realidad exige de cada hombre, de cada mujer, en los casos concretos. Ser libre es, en este sentido, poder actuar según el *propio criterio*.

El *criterio propio bien formado* es, así, elevación, expansión y autorregulación. Ejercerlo es una tarea siempre positiva y necesaria. No hacerlo, afirma Alejandro Llano:

(...) sería síntoma de inmadurez y conformismo; o manifestación de algo que se presenta como lo más reprobable: el dogmatismo. En el lado opuesto está la actitud crítica a ultranza que pretende que no se debe aceptar nada como firmemente establecido; que el hombre adulto debe someterlo todo a un examen implacable, basado exclusivamente en su propio juicio. Paradójicamente, tal actitud esconde no pocas veces una clara inconsecuencia, que se descubre al comprobar que el pretendido criticismo acepta sin vacilar slogans ideológicos que no han sido sometidos a la crítica que se propone como método universal. Y es que, en rigor, no es posible criticarlo todo. Si la actitud crítica fuera consecuente y radical, nunca podría detenerse: jamás habría conocimiento alguno cierto, ni normas u orientaciones para actuar. Y, en tal caso, ni siquiera sería viable la propia crítica que —por radical que quiera ser— se realiza siempre desde la aceptación de unos presupuestos. (Llano, Alejandro: 11).

EL CRITERIO: ¿EXTRAVIADO EN EL PLURALISMO?

Ya se ve que el criterio no es una reliquia. Al contrario, algunas de sus notas son su universalidad, su intencionalidad y su actualidad. Toda mujer, todo hombre, en todo tiempo y lugar, en cuanto llega a lo que se llama *edad de la razón* o *edad de la discreción* (en cuanto es capaz de conocerse y conocer el mundo con pensamiento abstracto),

tiene ya un *criterio propio* más o menos formado y consistente... o deformado e inconsistente. En este último caso, suelen aparecer los llamados «falsos criterios». Su elenco es muy amplio. Sin pretender un análisis exhaustivo, diremos algo breve y sin mayor orden de algunos de ellos, en el entendido de que: cada uno ha merecido amplios estudios específicos, suelen presentarse entremezclados y nadie es inmune a su padecimiento. Digamos, pues, algo del «pseudo criterio»:

ABSOLUTO. Es creer que, para ser personal, el criterio debe ser absolutamente independiente, ajeno a toda influencia o colaboración porque esto llevaría *a la destrucción de la preciosa flor de la personalidad*. Se funda en la confusión entre libertad e independencia y olvida que las dependencias pueden ser cadenas, pero también son fortalezas. *Ninguno se ha dado a sí mismo ni la vida, ni la personalidad, ni las características más profundas: quien se cree Dios está condenado a la angustia.* (Cfr. Kriekemans: 400 ss).

Naturalmente, una cosa es recibir ayuda y hacer uso inteligente de ella, y otra cosa es vivir con un criterio de «segunda mano» —como diría Ibáñez-Martín—. El pseudo criterio *absoluto* se ha acrecentado en la era moderna (era del *advenimiento del yo* y del *frenesí del self*: autoanálisis, autorrealización, autoconcepto, autoestima...). Es el prejuicio inmanentista de conseguir una autoconciencia absoluta del yo y de todos los estados subjetivos que lo constituyen; de autoerigirse en norma única, fin único y realización única de sí mismo. *La independencia es* —escribe Malebranche—, *de todas las tentaciones que acechan a la criatura, la más peligrosa... En un universo creado hay dependencia ontológica radical de la existencia de todos los seres*

HOMEOSTÁTICO. Reduce el criterio de vida a la *placidez orgánica*. Según esto, la autorregulación del organismo (¿biorritmo?) para mantener su equilibrio entre necesidades y satisfactores (homeostasis), es quien determina el modo de ser, de pensar y de actuar de cada uno. Desde luego que este equilibrio y sus perturbaciones influyen

en nuestro psiquismo. Por tanto, hay que tomarlo en cuenta al hablar de la formación del criterio, pero ya ha sido demostrado que el criterio es una cosa distinta de la mera *conciencia biológica*. A este propósito, Morin recoge un texto ilustrativo:

¿Cuándo os hartaréis de los problemas y de la inteligencia? ¿Acaso no adivinaréis jamás que nos gustaría vivir como una planta expuesta al sol, a la lluvia, a la noche, con los ojos abiertos y sin interrogaciones; que los problemas tienen fondo de jarra y que la inteligencia se debate vanamente en esta jarra? (L. Morin, 21).

SOMBRA. Se le llama así (Jung) al pseudo criterio reducido a la parte negativa de la personalidad: vicios ocultos, funciones no desarrolladas, tenebrosidades del inconsciente... En la medida en que el criterio se reduce a lo primitivo que hay en cada uno, con sus deseos e instintos, viene a ser una especie de *criterio instintivo*, o *criterio espejo*, que refleja la carga genético-inconsciente del *super-yo-colectiva* atavismos inculcados por los demás, cuyas filias y fobias hemos introyectado y luego los reflejamos como criterio propio.

SENSIBLE. Reducido a estados afectivos de simpatía o antipatía, gusto o disgusto, agrado o desagrado, gana o desgana... Irreflexión, inmediatez e indefinición son las notas del *criterio sentimental*. A lo que agrada, le exagera las cualidades y le borra todo defecto; a lo que desagrade, le exagera los defectos y le anula toda cualidad. Es el *subjetivismo sentimentalista* en el que las tendencias de la sensibilidad o sentimientos, influyen más sobre la voluntad que las razones de la inteligencia. Muy extendido en la cultura actual debido al intento de exaltar la sensibilidad para mantener y tratar al hombre, y a la masa pasionalizada, a ese nivel, que es el más manipulable por la ideología, la moda o el precio, y lo más vulnerable a la seducción publicitaria.

HETERODIRIGIDO. Corresponde al «hombre bonsái» al que se le dice: *Eres libre de opinar lo que quieras...* (pero antes se le dice, por

medio de las *corrientes de opinión*, qué es lo que debe opinar). *Puedes comprar lo que te guste* (pero todo le es presentado para que le guste). Es el criterio de la persona:

(...) que vive en una comunidad de alto nivel tecnológico y dentro de una especial estructura social y económica (en este caso, basada en una economía de consumo), al cual se le sugiere constantemente (a través de la publicidad, las transmisiones de TV y las campañas de persuasión que actúan en todos los aspectos de la vida cotidiana) aquello que debe desear y cómo obtenerlo, según determinados procedimientos prefabricados que le exigen de tener que proyectar arriesgada y responsablemente. (Cfr. Ibáñez-Martín: 29).

AFECTADO: CRITERIO CERRADO O FARISEÍSTA. También llamado *hipócrita*, en cuanto que afirma ciertos principios que son negados por sus actos; dispuesto a medir con vara benigna su parecer y con vara rigurosa el de los demás; con frecuencia, hace ostentación de cualidades o sentimientos que en realidad, o no lo son o no los tiene. Es propio de *personas de buenos principios pero de malos finales*.

ICONOCLASTA. Autollamado *abierto* de quien, queriendo huir de la hipocresía y la estrechez, al grito de *¡destruam!*, ingenuamente se lanza en el sentido opuesto al regular en busca apertura y autenticidad, ignorando que al reverso de la hipocresía no siempre está la autenticidad, sino el cinismo. Por eso deviene, con frecuencia, en *criterio cínico*.

ESCÉPTICO. Niega la existencia de cualquier verdad, incluso individual; afirma que el hombre debe desconfiar aun del conocimiento sensible; sólo se debe confiar en las apariencias inmediatas presentes en la conciencia (*fenomenismo*) y conformarse con conocimientos de valor práctico y simplemente probable (*probabilismo*).

AGNÓSTICO. Afirma la imposibilidad humana de conocer la verdad.

SUBJETIVISTA. Sostiene que la verdad es establecida por el mismo sujeto, individual (*individualismo*), por la adecuación de los espíritus entre sí, o conciencia colectiva de una sociedad o de una mayoría (*sociologismo*), o por el acuerdo entre expertos (*cientismo*).

RELATIVISTA. Cree en verdades camaleónicas, proteicas, cambiantes según su relación con individuos, circunstancias, épocas, sin darse cuenta de que la verdad no tiene nada que ver con el tiempo. Una causa frecuente de esta deformación es la neomanía: manía por lo novedoso, prurito de estar al día. Gilson lo expresa así:

Es verdad que existió una vez la superstición de que todo lo viejo era verdad; pero ahora sufrimos la contraria y no menos peligrosa superstición de que todo lo viejo es falso y todo lo nuevo es verdad. De hecho, el tiempo no tiene nada que ver con la verdad. Una verdad nueva puede y debe reemplazar viejos errores, pero no puede reemplazar viejas verdades... Fue una gran tontería que algunos medievales creyeran que todo lo que Aristóteles había dicho era verdad, simplemente porque lo había dicho él. Pero, ¿no sería igualmente o quizá más tonto aún creer que todo lo que Aristóteles dijo es falso, porque lo dijo cuatro siglos antes de Cristo? Cuando leo en su Ética que la justicia es el principio supremo y directivo de la vida social, o que el conocimiento científico es la forma más elevada de actividad humana, ¿tengo que decir —para ser original— que la injusticia es el tipo ideal de la vida social, y que manejar automóviles es la forma más perfecta de actividad humana?(Gilson: 46).

FILISTEÍSTA. Acepta verdades, pero según su utilidad o su precio; es propio de los *nuevos ricos de la cultura*; convierte la cultura en *snobismo* elitista. Una variante es el *carterista del intelecto*, también llamado *plagiario*: pronto a apoderarse de las ideas de los demás; hábil para escamotear cualquier idea brillante o valiosa que asoma de algún intelecto ajeno para luego lucirla como propia.

MANIQUEÍSTA. Incapaz de tener una visión completa, escinde la

realidad y todo lo ve bipolarmente, sin tonos intermedios. Para él sólo hay: bueno o malo, derecha o izquierda, conservador o progresista, razón o sentimiento, individuo o sociedad, permanencia o cambio, historia o progreso...

DILETANTE. Hace ostentación inoportuna o ficción engañosa del saber: afirma lo que no sabe o que sabe sólo sabe a medias; habla o escribe acerca de cómo hacer aquello que no ha hecho nunca. Coincide con la *pedantería* que denuncia García Morente, que suple con oropeles intelectuales (gestos, medias palabras, frases huecas, engolamiento de voz, citas rebuscadas, actitudes de profundidad y meditación...) el auténtico saber. Puede resultar brillante y entretenido o, por el contrario, obtuso y pesado. Una variante es la *pedantería incontinente* (hablar de cosas que se saben, pero que no vienen a cuento, con el único propósito de exhibir el saber). En cualquier caso, se le llama *pedantería de tontos* porque se desenmascara con facilidad. En realidad se desenmascara por sí sola; es, por lo general, inofensiva, salvo para los propios pedantes y para sus oyentes.

FANÁTICO. Con frecuencia se cree penetrado por luces sobrehumanas y, por lo tanto, inmune al error y al mal; oráculo que habla a nombre de un principio absoluto y pretende, por tanto, que sus palabras tengan esa misma calidad de absoluto.

MODERNISTA. Posee varias modalidades. **RACIONALISTA** (no acepta ninguna verdad que no se deduzca racionalmente a partir del cogito). **EMPIRISTA** (surge como reacción frente al racionalista, aunque sigue aceptando el punto de partida inmanentista: sólo es válido lo captado como experiencia sensible y, por lo tanto, limita el ámbito de la verdad al campo barrido por los sentidos). **IDEALISTA** (afirma que el mundo conocido por el sujeto es construcción activa del sujeto mismo). **ROMÁNTICO** (sólo es verdadero lo que así es aceptado por el «corazón», en el sentido sentimental del térmi-

no). PRAGMATISTA (identifica la verdad y el bien con lo que sirve para la acción técnicamente exitosa).

En fin, no queda sino marcar un voluminoso etcétera.

EL CRITERIO, ¿CONGELADO EN LA HISTORIA?

La anterior visión caleidoscópica tiene causas y raíces profundas. No hace falta referirse aquí al hecho de que el intelecto humano no es perfecto, sino perfectible y proclive. Directa y someramente revisaremos algunos de los innumerables intentos realizados a fin de establecer un medio universal, un criterio único, para determinar la verdad y normar la conducta de los hombres.

En la época posaristotélica, Epicuro establece la sensación como criterio de verdad y el placer sensible como criterio de bien. Para los estoicos, es la *representación comprensiva* el criterio de verdad, y vivir conforme con la naturaleza el criterio de conducta. En cambio los escépticos, al negar toda verdad y toda validez a cualquier criterio, se deciden por la adhesión a los fenómenos y por una vida acrítica, abandonada a las costumbres, las leyes, las instituciones tradicionales y... los propios sentimientos.

En el pensamiento moderno, el problema del criterio se retomó con todo vigor por Descartes en su propósito de edificar una filosofía con validez universal y necesaria, según el modelo de las matemáticas como ciencia exacta. Parte de la *duda metódica* universal y llega a la intuición del *cogito* (yo pienso), como la primera *idea clara y distinta*, a partir de la cual infiere una continuada secuencia de intuiciones, en la que cada eslabón es captado intuitivamente por el yo. Más tarde, Kant emplea, en lugar de *criterio*, la palabra *canon*. El positivismo vuelve la mirada al escepticismo y considera que lo único real y positivo es la materia.

Recientemente, el problema del *criterio* ha sido retomado por el neopositivismo, en su pretensión de hacer una filosofía a semejanza de las ciencias positivas de lo real, de ahí el *fisicalismo* de algunos neopositivistas. Éstos basan su criterio en el principio de

verificabilidad, según el cual una proposición sólo tiene sentido semántico si es verificable y verificada, con comprobación experimental e intersubjetiva.

Por supuesto que todos estos intentos han sufrido censuras y alteraciones, aun entre los seguidores de una misma escuela, sin que pueda afirmarse que se ha llegado a un acuerdo unánime. Desde luego que el mejor criterio de verdad es la evidencia, pero no siempre es posible tener la evidencia de estar ante lo evidente. Lo que sí está claro es que toda filosofía, toda ciencia y todo arte, aun en el caso de que no elaboren una doctrina explícita acerca del *criterio*, tienden siempre a suministrar una norma de verdad que dirija al hombre en su pensamiento y en sus elecciones, especialmente en las que tienen importancia decisiva para su vida. (Por fortuna, a pesar de que en estas discusiones académicas parece haberse extraviado el *criterio*, la inmensa mayoría de las personas sigue manteniendo un mínimo de sensatez y, contenta, vive acertando, errando, rectificando, recomenzando de modo normal, según un criterio maduro, al menos con la madurez relativa propia de cada etapa de su evolución natural enriquecida, a veces, por la evolución cultural).

HACIA EL RESCATE DEL CRITERIO

El claroscuro descrito, justifica que uno de los cometidos urgentes del trabajo científico del siglo XXI, sea tratar de recuperar, entre muchas otras cosas, la noción de *criterio*. Y justifica, también, que uno de los cometidos urgentes de la educación sea la formación del *criterio*. Al descuido de este aspecto capital de la educación se debe:

(...) el hondo dualismo característico de la conciencia moderna en la valoración de la vida, que separa toda realidad en dos terrenos aislados: naturaleza o cultura, razón o sentimiento, individuo o colectividad, materia o espíritu, moralismo o inmoralismo, misticismo o ateísmo, vida privada o vida pública (...). El sujeto moderno se encuentra colocado frente a una alternativa constante, sin otra solución que la de optar por uno solo de los valores en

conflicto. La generalidad de los hombres modernos acepta tal dualismo como un hecho indiscutible, y actúa en consecuencia, tratando de orientar su vida unilateralmente, siendo inevitable, pues, que cualquiera que sea la elección, uno de los aspectos de la vida resulte sacrificado (Ramos: 3).

En el extravío del *criterio* concurren otras causas y tiene otros efectos. Los analistas indican que la sociedad, como subjetividad comunitaria (colectividad sustancializada: sujeto común), parece moverse a sí misma por leyes propias, inconscientes, fatales. Las decisiones morales, políticas, económicas, sociales y culturales son impuestas de modo anónimo, por una dinámica social que progresa mediante la *pasionalización de la masa*. El *criterio personal* parece haber desaparecido. Al individuo no le queda sino soportar una autoridad anónima, mecánica, homogénea que, con frecuencia, le impone una existencia de pasiva conformidad a su anodina realidad. El dilema planteado es: ¿individuo o sociedad? Como si todo avance del individuo representara un atentado contra la sociedad, y todo progreso de ésta exigiera el sacrificio del individuo.

El hombre sabe que se halla sujeto a una manipuladora «democracia». El vehículo suele ser la agresiva publicidad, comercial o ideológica, que triunfa mediante el control subliminal de los impulsos emocionales de la masa. Así se explica la creciente popularidad de los métodos de evasión: tranquilizantes, terapias de relajación, alcoholismo, drogadicción, velocidad suicida, espectáculos masivos, sensiblerías pseudo religiosas, mutaciones somáticas, la industria de la diversión, la industria de la sexualidad, consumismo, activismo...

Todo esto parece tener un mismo origen: la frustración que padece la sociedad masificada. Y la frustración viene a ser como el *caldo de cultivo* de la irresponsabilidad, la corrupción y la violencia. De este modo, frustración, violencia y búsqueda de placer se corresponden. La violencia (catástrofes naturales, terrorismo, guerras, criminalidad...) asume la condición de diversión. El resultado suele ser

una persistente sensación de vacío que se alterna con la desconfianza y el miedo. Muchos viven en el entendido de que, en realidad, no hay nada que perder ni qué ganar; que el hombre actual no necesita de *criterio propio* porque no sabe a dónde va y, *si no sabes a dónde vas, no importa el camino que tomes*.

Los humanismos del siglo XX tampoco supusieron una solución. Han sido humanismos utópicos, vagos, genéricos, que por defender al género humano, a la humanidad, se olvidaron de la persona individual. Estos humanismos, que anteponen el progreso de la especie al individuo, aunque han logrado que el hombre realice caminatas espaciales, reproduzca mamíferos genéticamente, se comunique mediante redes digitales a miles de kilómetros, esté a punto de decodificar el mapa del genoma humano... no han sido capaces de dar al hombre una respuesta satisfactoria a su pregunta radical: «*Cuál es el sentido de mi —de nuestra— existencia?*».

LA FORMACIÓN DEL CRITERIO

Formar el *criterio*, es decir: desarrollar del modo más pleno posible, la capacidad de razonar con fundamento en, y a partir de, la realidad, no es algo que el hombre pueda realizar por sí solo y a partir de cero. Como tal, el *criterio* no puede ser el punto de partida del proceso educativo, sino uno de sus más anhelados resultados. Por ser inherente a la naturaleza humana, el *criterio* se configura en cada uno de modo espontáneo pero, ¿puede formarse «por diseño»?

La respuesta siempre ha sido afirmativa. A este respecto, sigue siendo acertado el decir de Chesterton: *una idea digna —como una mujer digna— sólo se conquista por medios dignos, con su lógica consecuencia de fidelidad y congruencia*. De no ser así, o la mujer no es tan digna, o no ha habido conquista real. Aplicándolo a nuestro tema, afirmaremos que una idea digna es aquella que conduce a acciones dignas. Los medios dignos para conquistarla son: 1) saber escuchar, preguntar, leer, estudiar... Esto coloca al hombre en condición de apropiarse las grandes ideas del mundo de la cultura; 2) saber obser-

var, reflexionar, meditar, investigar, innovar... Esto le posibilita descubrir, innovar, superar, aportar nuevas ideas (en el entendido de que es preferible ser copartícipe de grandes, verdaderas ideas, a ser creador de errores o mediocridades).

En el ser del hombre existen ciertas disposiciones ínsitas que distinguen el psiquismo de un individuo y otro, y lo hacen capaz, en igualdad de educación, de establecer su *criterio personal*. Este fundamento innato, en contra de lo que creía el naturalista Rousseau, no posee en sí la fórmula exacta e infalible para llegar por sí sólo a su plena realización. En esta tarea, cada hombre es susceptible y necesita ser ayudado por la educación.

Evidentemente la formación del criterio no es tarea fácil. Su problemática incluye desde problemas de tipo ético —¿qué derecho tiene, la educación, a intervenir en ese núcleo particularmente íntimo de la personalidad, que es el criterio?—, hasta obstáculos técnicos —¿cómo, cuándo, se puede formar el criterio del educando? ¿De qué medios se vale el educador, padre, madre, maestro, para trabajar en pro de la formación del criterio del educando?

Sin embargo, ya en la práctica, parece que para realizar este aspecto delicado de la educación, basta con hacer bien, cada vez mejor, lo que siempre hemos sabido que debe realizar un auténtico educador. Como en toda educación, las actitudes importan más que las técnicas: respeto, confianza y... paciencia. Los peligros a evitar son: abandonar al educando, imponerle un criterio, dejar esta formación al azar o actuar improvisadamente.

No se trata de observar, pensar, estudiar o trabajar *por* el educando, sino *con* el educando. El tacto pedagógico consiste en demostrar, despertar y alentar, con la palabra y con el ejemplo, la necesidad natural de saber; no perder de vista los objetivos; señalar (*in-signare*: enseñar) el camino (método) que debe seguirse; prever estrategias para dirigir las operaciones hacia un aprendizaje eficaz; y subrayar el valor formativo de la valoración del progreso: siempre es grato saber que vamos avanzando hacia la meta y conocer el resultado del es-

fuerzo. De este modo, la *formación del criterio* queda entendida como ejercitar al alumno en el uso responsable de su libertad.

¿CUÁNDO Y DÓNDE SE REALIZA ESTA FORMACIÓN?

La formación del criterio es un proceso de movimiento perpetuo. Desde los primeros momentos de la vida, las experiencias de cada uno (los ambientes que nos rodean, las escuelas que se frecuentan, los espectáculos a los que se asiste, los libros que se leen, las amistades que se tienen, las conversaciones que se sostienen...), todo aquello que actúa sobre la dotación natural perfila un estilo personal de entenderse, de concebir el mundo y relacionarse con él. Se adquiere, progresivamente, una forma única de ordenar la propia vida y de participar con otros criterios, a veces convergentes, a veces divergentes, en la administración del mundo.

Vale aquí el decir de Quintiliano: *nunca es demasiado pronto para iniciar esta formación*. Si el *criterio* es la impronta que deja en nosotros el vivir humanamente, entonces la formación personal es una tarea que dura toda la vida. Pero llega un momento que, en una persona sana, se hacen presentes la necesidad de pensar por cuenta propia, el deseo de autonomía y de dirigir su vida. Esto es especialmente claro en cuanto la persona es apta para el pensamiento abstracto; en cuanto que no sólo quiere comprender la esencia de la realidad y de la vida, sino también saber qué es él mismo, qué debe pensar, qué debe creer y qué debe hacer conforme a su naturaleza... y a su *criterio*. Es la tensión natural entre el descubrimiento del yo y la proyección del yo hacia los demás, hacia el futuro, hacia la trascendencia.

Con la adolescencia aflora el apasionante y difícil problema de perfilar el *yo-ideal-crítico*, al cual se desea permanecer fiel. Se entabla entonces un combate más o menos consciente para liberarse de los lazos que se sienten como impuestos. Visto positivamente, se trata del despliegue del sentido de responsabilidad; de la justificación de sí mismo en relación con la realidad física y social de la que se forma

parte. No se puede conseguir un *criterio propio* sin este encuentro entre la tendencia natural y la realidad; y realidad y tendencia deben estar abiertas, receptivas, dóciles.

Cuando la aspiración entra en contacto con una realidad de esta clase, ese contacto provoca una tendencia. Esta tendencia constituye un motivo posible, porque me hace consciente de una posibilidad de realización de mí mismo. Por lo tanto, este despertar del criterio se produce gracias al encuentro con el ser, en la medida en que esta realidad parece tener un valor. No se trata de un valor que se encontraría por azar, sino más bien de la realidad en cuanto que tiene un sentido para el hombre que aspira a algo, y lo quiere. Esto exige esfuerzo y ocasiona con frecuencia una tensión y movilización de energía. (Kriekemans: 446 ss).

El *criterio* se muestra, entonces, como aspiración, intencionalidad, apertura y conciencia de realización.

La educación —familiar, escolar— debe velar por la creación del ambiente adecuado para el desarrollo de ese *yo-crítico-ideal*. Siempre ayuda, primero, tratar de erradicar, con mano firme, las *malas hierbas* que puedan ir apareciendo: suspicacias, reproches, imposiciones, insultos, rencores... Fomentar la laboriosidad y serenidad: sin gritos, altercados o negligencias. Ambiente de alegre calma: sin carreras, ni prisas, ni improvisaciones...; detenerse con calma a hablar... o a callar; de exigencia amable y comprensiva. Ambiente que invite al estudio personal, al trabajo cooperativo que ayude al estudiante a enfrentarse consigo mismo, a evaluar sus fuerzas y recursos actuales con miras a una ulterior maduración. Un ambiente en el que se alternen los períodos de trabajo y de descanso: que no sea un semitrabajo o un semirreposo.

Conviene ejercer una discreta ayuda para que el educando aprenda a aplicar su criterio de acuerdo con las fases de todo acto verdaderamente racional: conocimiento del fin, deliberación, decisión y realización práctica, a fin de disfrutar —o sufrir— los resultados de su

actuación. De este modo, las posibilidades de autodeterminación irán en aumento a medida que el educando va cubriendo sucesivas etapas de desarrollo.

Se dice, con cierta razón, que en educación, como en economía, deben crearse necesidades. Cada necesidad puede constituir un motivo para aprender. La enseñanza, así, debe consistir en recrear situaciones problemáticas, plantear problemas que exijan del educando enjuiciar correcta y globalmente las situaciones, correr riesgos graduados de sus propias decisiones y ejercer su derecho a acertar o a equivocarse.

De lo que se trata es que el educando:

- Sepa intercalar la reflexión entre la observación y la ejecución motriz.
- Autoevalúe sus conocimientos, actitudes y habilidades para manejar y solucionar exitosamente ésta y situaciones similares.
- Experimente la necesidad de allegarse la ayuda necesaria para sobrevivir al problema o para avanzar en el perfeccionamiento de sus capacidades.
- Pida o acepte, explícita o tácitamente, la ayuda (lo cual permite resolver, al menos en parte, el problema ético del derecho de intervención).

La enseñanza se convierte, de esta manera, en una respuesta viva a una necesidad real, a una pregunta vitalmente formulada: *no hay nada más vacío ni fuera de lugar que la respuesta a una pregunta que nadie formula*. Así, la comunicación educativa se establece entre personas de criterio que aspiran a disponer la actitud y desarrollar la habilidad de:

- Captar y juzgar lo esencial de los fenómenos.
- Comprender el sentido del valor y del sentido profundo de las cosas.
- Aguzar el pensamiento crítico e intuir la desviación que constituye el espíritu criticista.
- Conocer, discriminar y aprovechar las actividades lúdicas, cultura-

les o sociales que dignifican su condición de persona.

- Contrastar desapasionadamente las concepciones ideológicas con la realidad.
- Descubrir hasta qué punto depende aún su juicio de hábitos y prejuicios recibidos, y en qué medida es víctima de las ilusiones.
- Averiguar y aprovechar las oportunidades de servicio y crecimiento que brindan la convivencia y el trabajo cooperativo.
- Comportarse con lealtad, según un criterio personal, logrado por medio de ideas dignas y conquistadas por medios dignos.
- Sujetarse a un orden objetivo de aceptación y respeto a los demás de manera solidaria y justa.
- No abdicar a la propia personalidad y obrar de acuerdo a su condición de persona de criterio.
- Mantener una actitud de adaptación abierta al mundo cultural, que no es otra cosa que todo lo que en la naturaleza ha sido transformado por el espíritu humano en realidades al servicio de la vida.
- Entender que cuando se habla de *criterio*, no se habla sólo de una adaptación al servicio de la vida, sino de la adaptación de la vida al servicio del espíritu.

Aunque el joven está llamado a dirigir su propia vida, la tarea del *educador de criterio*—padre, madre o maestro— durante los años de formación, es extremadamente importante y delicada. Si el *criterio* es norma de verdad, nadie tiene derecho a imponerlo, sino la fuerza de la verdad misma. No valen, entonces, las frases hechas, los lugares comunes, las órdenes y toda demostración de poderío. El *criterio*, como el amor, no se puede imperar. Tampoco sirve el «sermoneo»: las naturalezas débiles sobreestiman lo dicho y las fuertes se rebelan. El ridículo, el desprecio y la ironía provocan reacciones de defensa.

El nivel y la calidad del educador es lo que importa. Los jóvenes reconocen su ascendiente, consienten en escucharle y se dejan ayudar cuando su dirección evidencia su responsabilidad por la formación de su *personal criterio* como educador: *¿Puede acaso un ciego*

guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en un hoyo? (Lc. 6, 30-40).

Por su parte, la misión de la educación escolarizada en todos sus niveles, particularmente en el medio y superior, es velar por el desarrollo, cultivo y *transmisión crítica del saber*. Esto es: la formación de *criterio*. Para ello, ha de orientar toda su enseñanza a la integración, en el alumno, de las funciones del pensamiento científico y filosófico, con el uso de un lenguaje significativo ordenado a todas las fases del proceso de aprendizaje: recepción-percepción, reflexión-elaboración, resolución-memorización, expansión-creación, valorización-aplicación.

Para ello, el maestro indaga de modo permanente acerca de los recursos didácticos más adecuados para animar a los alumnos a desear y aspirar, de manera eficaz, a un saber unitario y firme. Para despertar en el alumno una actitud reflexiva, digamos filosófica, en cuanto que es amor, tensión, al saber fundamental que suministra principios, recoge, *criba*, integra y juzga los saberes particulares.

Sólo así se cumplen los propósitos que tradicionalmente se señalan a la educación superior:

- Formación general: dirigida a la adquisición de capacidades académicas y profesionales de alcance general. Su objetivo es dotar de una cultura general, que es el cultivo del gusto, del *sentido crítico* y de la capacidad de juicio.
- Formación intelectual: dirigida a lograr la unidad interior del educando; al cultivo del intelecto, no como acumulación de conocimientos, sino como capacidad de distinguir el valor de cada área de conocimiento, de analizar el contenido y la intención de los mensajes que recibe, de la unidad entre las ciencias. Es aprender a descubrir en la diversidad, y hasta en la contradicción que suele haber entre los saberes y opiniones particulares, aquello que es verdadero, que da unidad, sentido y coherencia al pensamiento propio. Es lo que se llama: *saber saber*, para lo cual se requiere saber aprender, saber enseñar, saber aplicar.

De este modo, el *criterio* no es un resultado arbitrariamente impuesto. Cada uno va eligiendo y construyendo, con fundamento real, su criterio propio y, al hacerlo, está escogiendo el tipo de persona que desea ser. No ha perdido, pues, vigencia, el parecer diogeniano: *Un criterio sabio sirve de espuela a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de adorno a los ricos*

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

* Un resumen de este artículo se publicó en el No. 254 de la Revista *ISTMO*, con el título de «Caras vemos, criterios no sabemos».

BIBLIOGRAFÍA

GILSON, Etienne., *Ética de la vida intelectual. Apud: La formación intelectual*, González y Caldera., Senderos., Caracas., 1971.

GONZÁLEZ, M. A. y CALDERA, Rafael., *La formación intelectual* (Antología)., Senderos., Caracas., 1971.

IBÁÑEZ-MARTÍN, José A., *Hacia una formación humanística*, Herder., Barcelona., 1989.

KRIEKEMANS, A., *Pedagogía general*, Herder., Barcelona., 1982.

LERMA, Héctor., *La subjetividad en Jean-Jacques Rousseau* (en prensa)., EUNSA., Pamplona., 2001.

LLANO, Alejandro., *Gnoseología*, EUNSA., Pamplona., 1984.

MORIN, Lucien., *Los charlatanes de la nueva Pedagogía*, Herder., Barcelona., 1975.

RAMOS, Samuel., *Hacia un nuevo humanismo*, UNAM., México., 1990.